

COLECCIÓN HISPANIOLA, 40

LA LIBERTAD DESNUDA

© De los textos, José Sánchez Tortosa
© Del prólogo, Luis Alberto de Cuenca

© Confluencias, 2022
www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián
Corrección editorial: María del Mar Domínguez Álvarez

Impreso en España

ISBN: 978-84-125836-1-8
Depósito legal: AL. 2595-2022

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

La libertad desnuda

*Una historia textual e icónica
de sus trágicas paradojas*

JOSÉ SÁNCHEZ TORTOSA

PRÓLOGO DE
LUIS ALBERTO DE CUENCA



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

*A las tres musas: la del Alba, la de corona de Laurel,
la del Pilar que mantiene el edificio en pie.*

La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre, por la libertad así como por la honra se puede y se debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venirle a los hombres.

Cervantes, *El ingenioso hidalgo
Don Quijote de La Mancha*.

PRÓLOGO

La idea de libertad ha transitado por dispares senderos literarios, filosóficos y estéticos a lo largo de la Historia, formalmente antagónicos e, incluso, incompatibles, pero casi siempre materialmente homologables. Sin embargo, como acaso sucede con la mayoría de los contenidos propios del pensamiento humano, emana de un fondo mitológico y teológico del cual apenas ha sido capaz de liberarse.

El recorrido por sus genealogías y por sus trágicas paradojas reclama un viaje a su configuración simbólica a partir del contexto histórico, jurídico, económico, tecnológico y científico en el que semejante idea se ha ido construyendo a través de los siglos. Lo que nació como una pintoresca extravagancia en la Grecia Clásica, ha ido evolucionando hasta culminar en un buen número de textos de alta filosofía y alta literatura, en disputas teológicas de máxima tensión, que van más allá de la mera erudición libresca, y, finalmente, en toda una iconografía que pone ante los

ojos de los desheredados y parias de la tierra su rostro divino y glorioso, convirtiendo en imagen fija y, por lo tanto, en pasto de ideologías despóticas, sus verdaderos significantes.

Una historia de la libertad como esta se detiene con rigor exegético en textos y pinturas, pero sin recurrir en ningún momento a la tediosa exhaustividad o al aburrido academicismo. Su objetivo es trazar una reconstrucción histórica del modo en que se gesta la idea de libertad como libre albedrío y de su efímera crisis, centrándose en la figura descomunal y excéntrica de Spinoza —tan querida y estudiada por el autor—, y de la línea de continuidad o persistencia del libre albedrío como causa de las decisiones del hombre.

Este viaje parte de la mitología y de la poesía arcaica helénicas. Transita, *noblesse oblige*, por Platón y Aristóteles, el estoicismo latino, las diatribas teológicas, el servilismo voluntarista luterano, el mecanicismo moderno, Kant y el idealismo alemán. Y llega hasta Sartre y la postmodernidad, pasando por el análisis de algunas de las manifestaciones icónicas de la libertad que han triunfado en la guerra de las ideologías.

Podríamos definir este libro de José Sánchez Tortosa como una erótica de las ideas que se atreve a desnudar las mitologías que envuelven el campo semántico y simbólico asociado a la voz 'libertad', con el propósito de mostrar hasta qué punto y por qué caminos sinuosos y efectistas tan venerable término ha resultado, y resulta ser, una auténtica coartada para ejercer en su nombre los despotismos más lamentables.

Prólogo

Todo ello escrito en el castellano fluido, claro y elegante característico de su autor, uno de esos filósofos que, como Gabriel Albiac o Fernando Savater, son capaces de dirigirse en sus escritos a un número de lectores muy elevado, mucho más que el compuesto por los círculos universitarios al uso. Y ello porque a los lectores de Sánchez Tortosa no se les exige más requisito, para disfrutar de lo que leen, que una buena dosis de sensibilidad e inteligencia.

24 de agosto de 2022

Luis Alberto de Cuenca
Real Academia de la Historia

DIVINA LIBERTAD

S ucede con la idea de libertad lo que ha sucedido con la mayoría de las *ideas*¹ puestas en marcha en el transcurso de esa perplejidad exhausta que la palabra conciencia (o sus suplentes: pensamiento, entendimiento, razón, conocimiento, espíritu...) aspira a condensar. Muy pronto, y con apenas algún inoportuno chispazo de lucidez y genio, casi sin recorrido más allá de la erudición libresca o la reyerta filosófica, la libertad se ha forjado como noción teológica, se le han simulado contenidos sagrados. Y los convulsos arrebatos de pretendida secularización de la libertad, con el supuesto fin de liberarla del abrazo del Absoluto, han acarreado una densidad teológica aun mayor. Supone una heroicidad poco rentable el desafío de renunciar al anclaje trascendente y soteriológico de

1 Se entiende por *idea* la reconstrucción teórica con la que designar realidades no corpóreas que sobrepasan los límites acotados de los conceptos categoriales, científicos y tecnológicos, por lo que la disciplina a la que propiamente compete su tratamiento es la filosofía.

la idea de libertad, como sucede con toda metáfora en la cual se juega el sentido de la existencia. Hablar de libertad es, pues, hablar de teología. Los espejismos de su invocación aparecen como reflejos de una evanescencia metafísica asumida sin más como entidad plena, incontestable, sublime, flotante y pura por encima de las rugosidades inagotables de la realidad mundana, de la trama prolija de inconmensurabilidades, de continuidades y escisiones, de las determinaciones fenoménicas e históricas, de las ciegas causalidades heterogéneas. Una y otra vez, se recurre a un repliegue regresivo que choca con la imposibilidad de decir de qué fuente emana la sacrosanta libertad. Ese muro constituye un bloqueo verbal y conceptual. El choque contra la imposibilidad material de dar contenido a esa plataforma de la acción y el pensamiento humanos despide el sonido *libertad*. La libertad, tal y como es convencional y teológicamente acatada, es el estruendo de una incapacidad, el ruido que produce el golpe contra las fronteras de nuestro lenguaje, de nuestra comprensión, del *horror vacui*, del pánico existencial de lo humano, de su tragicómico sinsentido. La palabra *libertad* es el espasmo de la impotencia humana, de su ceguera y de su consciencia mentirosa, la reverberación de una incomprensión esencial y dramática que nada mundano puede satisfacer, de una herida ontológica que nada humano puede suturar. De ahí la tentación recurrente de poner la libertad en brazos de lo trascendente, la impostura opaca de injertarla en una dimensión suprahumana, ya sea revestida con los ropajes de la divinidad o de envolturas secularizadas,

infladas también del sentido teleológico que las ponga a salvo, a los ojos del espectador, de la precariedad necesaria de las servidumbres humanas. La libertad es uno de esos símbolos trascendentes con los que la idea de Absoluto ha persistido en la hegemonía de las mitologías históricas. De Dios (iluminando al Pueblo) a la Libertad (guiando al Pueblo). Es, como Dios, una paraidea. Es una pseudomórfosis bajo la cual arraigan los rebrotes de lo trascendente. Tal y como ha operado tradicionalmente, es más una distorsión cognitiva que una realidad material, un falso concepto, una idea desenfocada, sublimada, una trampa de la consciencia. El desafío consiste, pues, en tratar de dar a la libertad una definición rigurosa y un contenido filosófico positivo (materialista), no mitológico ni teológico ni metafísico, pero tampoco reducirla a psicología, neurología o física cuántica.

La evidencia oculta que la mirada filosófica puede mostrar es que la nada no puede ser destruida².

2 Heráclito: «Este mundo, de todos los mundos el mismo, ni ninguno de los dioses ni de los hombres lo ha hecho, sino que fue siempre y es y será, fuego siemprevivo, medidas al encenderse y medidas al apagarse.» (Fragmento 30 D-K, traducción de A. GARCÍA CALVO); Parménides: «[...] uno en sí mismo y continuo. Pues ¿qué nacimiento buscarle?: ¿cómo crecido y de qué?: ni de nada que no sea nada concebir te dejo o decir (que ni concebible o decible es que no sea; y ¿qué falta además lo habría lanzado antes mejor que después del no ser nada a criarse?; así que lo que es ha de serlo de todo en todo o no serlo) ni a bien de lo que era una vez habrá fuerza de fe que permita que nazca algo más que ello mismo. Por tanto, nunca ni hacerse ni perecer lo ha dejado Justicia aflojando sus hierros, mas lo retiene.» (7 D-K, vv. 60-75, traducción de A. GARCÍA CALVO); Epicuro: «Nada nace de lo que no existe» (*Carta a Herodoto*, 38).

Poner nombre al *no ser* es, en cierta medida, la historia de las sociedades y supersticiones humanas y la garantía del éxito del dominio y la sumisión, pues no se puede acabar con lo que no tiene principio, no se puede destruir lo que no es. Investir nominalmente como *libertad* a un absoluto imposible, a un *no ser* excelso, santifica la ignorancia, bloquea la investigación, elude la definición, sosiega el ánimo, alimenta las ansias de eternidad, las necesarias dosis de (auto) engaño e ilusiones sin las cuales la existencia humana no es soportable.

LIBERTAD ESCLAVISTA

Se da la paradoja de que la libertad, en la forma de la civilización, empieza donde hay esclavitud. Paradoja no significa contradicción o incompatibilidad. Implica que los términos que la componen se presentan sin definir o matizar, en bloque. La paradoja de la libertad brotando en el seno de sociedades esclavistas se explica por la evidencia de que el estadio previo no admite ni siquiera esa sofisticación social y jurídica, reservada a unos pocos. Fuera de ese marco no hay, sencillamente, libertad en sentido propio. De modo que habrá que dejar claro el enfoque que aquí se ofrece. Nada sale de la nada. Por lo tanto, tampoco la libertad (en sentido ontológico, es decir, como algo que se supone es real, que tiene ser) ni la idea de libertad (como concepto, mito, dogma, ilusión, metáfora, símbolo...) salen de la nada. El caldo de cultivo de la idea de libertad puede encontrarse en el material

mitológico, literario, histórico, jurídico, económico, tecnológico, teológico, científico. Es preciso echar la vista a Grecia.

LIBERTAD MITOLÓGICA

Resulta claro que ya en la Antigua Grecia la libertad aparece, como todo fenómeno dado a la escala de lo humano, investida de la divinización antropomorfa propia de la religiosidad mitopoiética. La libertad, en su caso, está vinculada, significativamente concebida como poder, al culto a Hera y a Zeus en ritos de liberación de esclavos. Herodoto³ registra un caso de culto a la Libertad antes de la guerra contra los persas cuando refiere el levantamiento de un altar a Zeus Eleutherios en Samos tras la muerte de Policrates, por su sucesor Meandrios. Consta el culto similar a Hera Lacinia de Crotona, conocida también con el epíteto *Eleutheria*, vinculado a la liberación de la esclavitud (o al menos ligada a la liberación de esclavos) desde el s. VI a. C. En Argos, el culto de Hera Akraia estaba ligado a un rito de purificación y cerca de él se hallaba una corriente de agua llamada Eleutherion donde bebían los esclavos liberados. Los ritos celebran, por tanto, la manumisión sacra de un esclavo. El esclavo podría buscar refugio en el santuario y obtener su libertad. En el monte Taigeto se veneraba a Deméter, como Eleutho o Eleusina⁴. Se ha relacionado a esta diosa con la Deméter Epilyssamene de Tarento asociada a Ilitia, diosa del nacimiento, de la que

3 *Historias*, 2.142-143.

4 PAUSANIAS, *Descripción de Grecia*, 3.20.5.

posiblemente es heredera la diosa de Heraclea Lucana, colonia tarentina, ligada a la liberación de esclavos. Píndaro la invoca al inicio del canto VII de las Nemeas. El culto de Zeus Eleutherios en el ágora de Atenas se inaugura para ratificar la liberación del *démos* ateniense, en un ilustrativo maridaje de lo político con lo sagrado⁵. Además, según Burkert⁶, la palabra libertad (*eleuthería*) puede estar vinculada etimológicamente con Eleusis.

Sin embargo, Platón ve en los poetas, transmisores de relatos impermeables a los principios de la racionalidad geométrica, instalados en el principio dogmático de autoridad y en las jerarquías de las relaciones de parentesco, los trovadores de los tiranos, sus propagandistas más refinados:

También son sabios los poetas trágicos, seguro que nos perdonan [...] el que no les acojamos en nuestra república por ser cantores de la tiranía [*tyranidos hymnetas*].

(*República*, VIII, 568b)

De modo que el rostro divinizado de la libertad se nutre del nacimiento, acaso interpretable como fuente de la acción (libre) de los humanos, del poder o capacidad del que libera, y de la propia liberación del esclavo como rito sagrado, tal vez como epítome de la condición misma de lo humano.

5 Cf. Miriam VALDÉS GUÍA, «El culto a Zeus Eleutherios en época arcaica: liberación de esclavos/dependientes y constitución de ciudadanías», *Histoire, Espaces et Marges de l'Antiquité*, 2. *Hommages à Monique Clavel-Lévêque Besançon*, 2003, pp. 291-323.

6 *Religión griega*, Madrid, Adaba, 2007.

La libertad se gesta, por tanto, como mito y, bajo epidermis renovadas, persiste como tal consolidándose como mito encubierto. En la postmodernidad, lejos de extinguirse por la gracia del progreso (otro mito en sí mismo), los mitos se multiplican y arraigan bajo estéticas decadentes, pueriles, grotescas o ridículas. Esas baratijas retóricas impregnan también la palabra *libertad*.

LIBERTAD CIUDADANA O LAS LITURGIAS DE LA LIBERTAD

Más acá del horizonte mitológico, acaso los campos categoriales por los cuales habría que empezar a desbrozar la idea (filosófica) de libertad sean el jurídico y el económico. Dentro de esos marcos institucionales, designa, en Grecia y Roma, la condición ciudadana (*polités*), definida por disponer de tiempo libre durante el cual negociar, disputar, elucubrar..., geometrizar, es decir, el hombre libre es el liberado del trabajo servil o manual (*banauros*) frente a la condición del siervo (*doulos*) como propiedad doméstica.

Entre las prerrogativas jurídicas vigentes del ciudadano (libre) en la Grecia clásica se cuentan el derecho de propiedad y el acceso a los tribunales y las garantías judiciales. El primero, el derecho de propiedad, es uno de los privilegios esenciales del ciudadano, más concretamente el derecho a tener un predio, casa y tierras, en el territorio de la ciudad. Este privilegio, propio de la ciudadanía, se pierde por falta grave, con la confiscación de bienes y la retirada de

los privilegios religiosos y judiciales. En Atenas esta degradación cívica se llamaba *atimía*⁷.

En cuanto al segundo, la cualidad de ciudadano garantizaba a un hombre la potestad de emprender una acción como demandante o responder como defensor ante los tribunales ordinarios, sin intermediario ni garante, ni caución. Además, hay que anotar las obligaciones fiscales. En Atenas, las cargas fiscales revestían dos formas principales: la *isforá* y las *liturgias*. Aquí nos topamos con una de las claves de la libertad positivamente considerada: su carácter litúrgico, es decir, mediado por codificaciones normativas respaldadas por el poder político y sus instituciones. Sin esas tramas de relaciones reguladas y ritualizadas no se darían las condiciones de posibilidad de tal estatuto.

En consecuencia, la libertad en Grecia no es individual o personal, sino política o ciudadana, institucional, litúrgica, garantizada por estructuras codificadas, dotadas de cierta objetividad operativa e independientes, por tanto, de la subjetividad particular⁸ de los implicados. Su origen es jurídico y, por extensión, económico, en la forma de libre comercio, y social. De ahí el inmediato contenido político de la idea de libertad, como se ha podido apreciar en los precedentes citados, especialmente bajo el culto al Zeus Liberador de la *pólis*. En un contexto cívico, común, las individualidades subjetivas quedan integradas y superadas por medio de las conductas automatizadas según las claves de las

7 Raoul LONIS, *La cité dans le monde des Grecs*, París, Armand Coland, 2016.

8 Idiota: del griego *idiotés*, de *idión*, lo propio o particular.

ceremonias asumidas implícitamente en su ejercicio, con independencia de las peculiaridades psicológicas de los que concurren. La personalidad puesta en juego en el acto de tomar la palabra en la asamblea es genérica, pública, no privada, pues el discurso, emitido en tales condiciones establecidas por el funcionamiento mismo de la institución, no le pertenece a nadie en exclusiva sino a la comunidad. El lugar del que toma la palabra, el atrio, no recibe su función ni su autoridad de la personalidad concreta que en cada momento lo ocupa, sino del hecho objetivo de formar parte indispensable del teatro funcional de la ciudadanía. Más que un lugar vacío es un contenido político e institucional que el sujeto singular recibe como ciudadano al participar de la liturgia comunitaria, y que lo hace, en ese sentido preciso, libre⁹.

Cabe tener presente, además, la noción de libertad en el campo categorial de la física, vinculada al concepto de caída libre, ya en Aristóteles (movimiento natural,

9 «Que las marcas individuales no tienen más vida que la fugaz ocupación del *bema* [atrio] por parte del orador lo ponen de manifiesto dos consideraciones. El uso del epíteto *agoraios* aplicado a varios dioses y en especial a Zeus nos recuerda que el discurso no es atributo del que habla sino del espacio público que hace posible la circulación de la palabra política. La propia Atenea, como lo vemos al final de las *Euménides* de Esquilo, se alegra de haber sido ayudada por la Persuasión divinizada, que vigiló su lengua y su boca, pero el triunfo no es de ella sino justamente de *Zeus agoraios*, el dios de la palabra y el debate protector del diálogo en las asambleas (o, cabría decir, de la oposición mediante la palabra).» (J. GALLEGO, «Poder popular y escritura en la ley en la Atenas democrática», *Anales de Historia Antigua, medieval y moderna*, Volumen 34, 2001).

es decir, libre). La noción de movimiento libre alcanza, bajo paradigmas científicos distintos, la Mecánica moderna y la Física contemporánea. Y, por extensión, en la biología alcanza implicaciones (bio)políticas, entendiendo la libertad como artificio imposible fuera del marco de lo político, de la civilización, y como sacrificio de lo biológicamente inferior a lo superior, como victoria de la racionalidad de la naturaleza artificial sobre la barbarie sanguínea (zoológica y botánica)¹⁰. En ese marco teórico Aristóteles define la libertad de modo paradójico:

El objeto de la deliberación es el mismo que el de la elección, excepto si el de la elección está ya determinado, ya que se elige lo que se ha decidido después de la deliberación¹¹.

LIBERTAD DIDÁCTICA

Así pues, la libertad no es cosa de niños. No viene dada *per se* en la naturaleza humana. Se construye. Se arma. Se forja. Es producto de condiciones objetivas, no fuente de la cual emanan los actos humanos. Es contextual, no letra sagrada. No es graciosa, es artesanal. Se conquista. Y, en buena medida, esa conquista suele denominarse educación o formación (*Paideia*):

10 Véase J. SÁNCHEZ TORTOSA, «Del artificio natural de la política», en *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, Volumen 34, núm. 3, 2017, pp. 551-569.

11 *Ética a Nicómaco*, 1113a.

Dicho esto, me pasó por la cabeza poner en movimiento a algún otro de los mayores. Pero en ese momento, como aves de mal agüero, llegaron los pedagogos, el de Menéxeno y el de Lisis, con los hermanos de ellos, y les llamaban, mandándolos ir a casa. Ya había caído la tarde. Primero nosotros y después los que nos rodeaban intentamos echarlos; pero no nos hacían caso, sino que continuaban con su mal griego [*cuasibárbaro*], enojados y sin dejar de llamarlos. Nos parecían como si hubieran bebido un vaso de más en las fiestas de Hermes. No había, pues, nada que hacer. Vencidos, al fin, por ellos, disolvimos la reunión.

(Platón, *Lisis*, 223a)

De ahí la analogía entre el infante, ciego a la libertad de modo transitorio por motivos biográficos y cronológicos, y el esclavo, al que se le niega jurídica, económica y políticamente. De hecho, la palabra griega *skholé* (tregua, dilación), de la cual *schola* en latín, escuela en español, recoge tal significado, pues se refiere a ese paréntesis de tiempo libre (liberado del trabajo manual) abierto dentro del mundo, pero en cierto modo al margen de él y de sus servidumbres, que es la escuela. Gracias al artificio de la enseñanza, hecha de ficciones operativas que dejan diferidos los códigos despiadados del mundo real, el escolar está provisionalmente liberado de las labores serviles por la fuerza objetiva de la institución escolar, de modo que pueda entregarse, gracias a la funcionalidad del oficio docente, al lujo de la libertad que proporcionan la investigación, el conocimiento y el estudio de las artes y las ciencias, inalcanzable para los sometidos a la esclavitud laboral del tiempo ocupado.